

TRABAJO INTEGRADOR

FINAL FACULTAD DE

PSICOLOGÍA



“El individuo en entre-dicho: el sujeto del psicoanálisis frente al proceso de individualización en Occidente”

Modalidad: Ensayo

Autor: Nicolás Ignacio Vogel

Legajo: V-5211/6

Docente responsable: Roberto

Vinciarelli **Año:** 2021

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por el apoyo y el amor incondicional. Sin ellos no podría haber atravesado el espacio universitario.

A Ana, quien me acompañó durante toda la carrera, en cada angustia y en cada alegría.

A mi tutor, Roberto Vinciarelli, por el tiempo brindado y por atender cada consulta de manera desinteresada.

A Mauro Eyras, por la lectura crítica del trabajo y por incentivar la continuación de

la escritura.

A la Universidad pública, laica y gratuita, que me dio la posibilidad de estudiar aquello que encuentro apasionante.

ÍNDICE

2

• AGRADECIMIENTOS 2 • RESUMEN 4 • INTRODUCCIÓN 5 •
DESARROLLO

I. INTERIORIZACIÓN 6 II. POSMODERNIDAD Y PROCESOS DE INDIVIDUALIZACIÓN 7
III. CONSTRUCCIÓN DE UN SUJETO 10
• CONCLUSIONES 13 • REFERENCIAS 15

RESUMEN

En el presente ensayo se aborda el proceso de individualización en la posmodernidad en Occidente para ponerlo en tensión frente al concepto de sujeto en el psicoanálisis desarrollado por Lacan. Para ello, primero se desarrolla el proceso de interiorización que surge a partir del siglo XVII con la obra de Descartes, dando origen al discurso científico moderno. Luego, se ubica el contexto histórico y social de la posmodernidad en los siglos XX y XXI, tomando como referencia a autores como Lipovetsky, Lyotard, entre otros. En este contexto, se acentúa en las formas de producción de saber y en el proceso de individualización, ubicándolo como una de las causas de sufrimiento generados por la subjetividad de la época. Para pensar el tratamiento de este malestar, se propone al psicoanálisis de Lacan, partiendo de la estructura del lenguaje. Aquí se desarrolla el concepto de sujeto, entendido como asunto, como intervalo que se construye entre al menos dos

significantes. Además, se define el concepto de inmixión de otredad como característica principal de la estructura del lenguaje, y por lo tanto del sujeto. A partir de esto, se deduce que la individualización no es inherente al universal antropológico: el sujeto no es in-dividuo, sino que está dividido. Se concluye que es necesario descentrar al yo y regresar a la verdad al campo del saber, lo que implica una subversión. Desde esta perspectiva, se finaliza considerando que el analista no puede posicionarse desde una neutralidad.

PALABRAS CLAVE

Sujeto – individualización – posmodernidad – psicoanálisis – saber

4

EL INDIVIDUO EN ENTRE-DICHO: EL SUJETO DEL PSICOANÁLISIS FRENTE A LOS PROCESOS DE INDIVIDUALIZACIÓN EN OCCIDENTE

*“Que conozca bien la espora a la que su época
lo arrastra en la obra continuada de Babel,
y que sepa su función de intérprete
en la discordia de los lenguajes.”¹*

Lacan

INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo XX y durante todo el siglo XXI se ha desplegado una nueva subjetividad en el mundo occidental, a la que llamamos posmoderna. Ésta, como toda subjetividad, atraviesa la totalidad de nuestra experiencia humana, nuestra forma de vivir y de percibir la realidad. Y es tarea del psicoanalista la de atisbar, al menos, a través de la rendija de nuestra dialéctica, algunos retazos que pretendan captarla.

La ardua búsqueda de la “realización personal”, el intento meticuloso de encontrar nuestra “esencia”, la satisfacción más íntima de nuestro “deseo individual”, son ideas que pueden resultarnos persuasivas a la hora de pensar qué hacer en nuestras vidas. Las oímos hablando con amigos, en las películas, en la publicidad, incluso en terapia con el psicólogo. Resulta evidente: la bandera del individuo se encuentra plantada en la cultura occidental, colonizándola y dando forma a la subjetividad de la época, de la que no sólo somos testigos, sino partícipes.

Comencemos por situar que es el proceso de individualización, en tanto aquel que pone la jerarquía sobre el individuo como aislado en su esencia, uno de los principales instauradores de la posmodernidad; a tal punto, que es núcleo de grandes desarrollos teóricos contemporáneos.

Se trata de un individualismo total que retrata a una sociedad en la que el futuro ya no es una promesa, sino una incertidumbre, y lo único que está realmente en juego es lo inmediato; en la que el saber se encuentra en el cuerpo, y la palabra es una mera expresión del mismo, por lo que ya no vamos al templo, sino al gimnasio; en la que el consumo se encuentra en su apogeo, avasallando la esfera privada y transformándose en un aspecto determinante para la construcción de una identidad única y diferente. Resulta paradójico, pues mientras uno más se aliena, más se separa.

Los libros de autoayuda, las ideas neoliberales, el marketing de los neurofármacos, los patrones de conducta en las redes sociales, las playlists personalizadas, son causa y a la vez efecto de la subjetividad posmoderna.

Y si surge malestar -pues, debemos percatarnos de que toda subjetividad acarrea el suyo- las terapias de “plena consciencia” ayudarán al individuo a “adaptarse”, a encontrar aquello que lo destaca: su rasgo individual. Pero ¿acaso no son estos mismos procesos los que generan un exceso de sufrimiento?

Para poner en jaque la supuesta autonomía del individuo, ubicamos la noción de sujeto en el psicoanálisis de Jacques Lacan que, a contramano de lo anterior, considera que no estamos hablando de un ser indivisible y completo en sí mismo, sino todo lo contrario. Esta noción propone una mirada distinta acerca de lo que entendemos por sujeto, en tanto se sostiene sobre una posición epistemológica que habilita el tratamiento del malestar generado a causa de la subjetividad de la época.

Por lo tanto, el presente escrito tiene el propósito de poner en tensión el concepto de sujeto en psicoanálisis frente a los procesos de individualización en la posmodernidad en Occidente. Para ello, destacaremos al sujeto en su estructura como construcción discursiva, poniendo énfasis en torno a su espacialidad.

A su vez, cuestionaremos la idea que yuxtapone al sujeto con el individuo, resaltando el proceso de interiorización desarrollado en Occidente desde el siglo XVII que favorece la confusión entre ambos términos y considera como del orden de lo natural a la lógica

binaria adentro-afuera. Además, siguiendo a autores como Gilles Lipovetsky, Jean-François Lyotard, Anthony Giddens, entre otros, enfatizaremos en la exigencia de construcción de una identidad del yo sobre el trasfondo de las nuevas formas de experiencia que surgen en la posmodernidad.

En definitiva, pondremos en contraste estos desarrollos con el concepto de indivi

dualización para reflexionar sobre nuestra posición epistemológica en relación al tratamiento del exceso de malestar en psicoanálisis. Y consideramos que esto no solo implica un posicionamiento teórico sino también ético respecto de las prácticas del psicoanalista, quien, tomando como brújula el discurso del sujeto, deberá subvertir su curso para encastrarlo en la dirección de la cura.

DESARROLLO

I. INTERIORIZACIÓN

Puesto que “lo actual” no es algo que sucede necesariamente en el tiempo presente, sino algo que se sostiene como tal debido a su impacto, es imprescindible -a los términos de presentar los procesos de individualización en la posmodernidad- delimitar otro proceso que surge en el siglo XVII, pero que se sostiene como actual. Estamos hablando de la interiorización: proceso que llega a su culminación en la obra de Descartes, dando origen al discurso científico moderno.

Pensar que existe un individuo, y que dentro de él se encuentran sus pensamientos, sentimientos y deseos propios, mientras que por fuera se encuentra el mundo exterior, la naturaleza, la realidad, no es algo que se haya pensado así desde siempre. Esta lógica de adentro-afuera, o interior-exterior, implica una nueva forma de concebir el espacio y de posicionarnos en él. Es una noción binaria que se encuentra tan arraigada en el pensamiento moderno que pareciera que es del orden de lo natural, quedando veladas sus condiciones histórico-culturales.

De hecho, podemos ubicar -con la ayuda de Bonoris (2015)- que, por ejemplo, no existe en la obra de Platón rastro alguno de interiorización. El autor dice:

El orden con que la razón se encuentra vinculada no es un orden al que nos viéramos incitados de llamar interno (el de los diferentes objetivos, anhelos y pasiones de nuestra alma), sino que la relación en juego es con el orden del cosmos, con el todo que nos constituye y nos engloba. Para decirlo en otros términos, para Platón la vida buena consiste en subordinarse a la razón, pero no como visión correcta del orden de nuestra interioridad, de nuestra propia alma, sino, fundamentalmente, como visión del buen orden del conjunto. (p. 60).

La dicotomía surge a partir de las lecturas que hizo San Agustín de la obra de Platón, llegando a la conclusión de que, para llegar a Dios, hay que pasar primero por uno mismo. San Agustín decía: “no salgas afuera; vuelve a ti mismo. La verdad mora en el hombre interior” (Bonoris, 2015, p. 63). En ese sentido, para llegar al plano superior, hay que pasar por el plano de lo interior; pero el pasaje por uno mismo no es aquí la finalidad última, sino el medio por el cual se llega a Dios.

Este proceso de interiorización llega a su punto determinante, como decíamos, en la obra de Descartes, quien da origen al espíritu científico moderno. Este consiste en creer que no podemos conocer la realidad exterior si no es a través de las ideas que se encuentran en nuestro interior. Por lo tanto, quien tenga una idea adecuada del funcionamiento de las cosas será quien comprenda mejor la realidad. Entonces, a partir de aquí “todo conocimiento es autoconocimiento y toda realización es autorrealización” (Bonoris, 2015, p.68). Las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes constituyen la conquista de un pensamiento cuya evidencia es la existencia pensante del yo. Uno debe conducirse a sí mismo hacia el punto de inicio de la reflexión, y es este el sentido de lo que llama “meditación”.

Descartes (1977) dice: “me era preciso emprender seriamente, una vez en la vida, deshacerme de todas las opiniones que hasta entonces había dado crédito, y empezar todo de nuevo desde los fundamentos, si quería establecer algo firme y constante en las ciencias” (p. 17).

El ejercicio de “deshacerse de todas las opiniones” ¿acaso no sugiere una separación entre el individuo (con su subjetividad individual, personal, biográfica) y la realidad del mundo? Yendo un poco más lejos: si las ideas, pensamientos y deseos habitan en mí -y por lo tanto me pertenecen-, ¿no debería hacerme responsable de ellos? Y la causa del sufrimiento que padezco, entonces, ¿no radicaría dentro mío, es decir, en mi cuerpo? O en términos más actuales, ¿no se encontraría en mi cerebro, o en mis genes?

Ahora bien, no podríamos decir que el proceso de interiorización fue el único paso necesario para llegar a la individualización en la posmodernidad. De haber sido de ese modo, quizás no habrían pasado tres siglos para llegar al punto en el que hoy nos encontramos. Fueron necesarias otras disposiciones sociales, políticas, económicas y culturales que no existían en las primeras sociedades industriales; aunque estas ya se empezaban a encontrar en el horizonte de lo pensable. Sin embargo, queda claro que podríamos ubicar a la interiorización como la que facilitó el surgimiento de los procesos de individualización del siglo XX.

II. POSMODERNIDAD Y PROCESOS DE INDIVIDUALIZACIÓN

*“Todo lo sólido se desvanece en el aire;
todo lo sagrado es profano, y los hombres, al fin,
se ven forzados a considerar serenamente
sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”²*
Marx y Engels

Con la finalización de la Segunda Guerra Mundial, es decir, en el periodo entre 1945 y 1950, se marca el momento de corte para pensar el fin de la modernidad y el paso a la posmodernidad (Bauman, 2020; Lyotard, 1987).

Esta época también marca el paso a las sociedades posindustriales, las cuales se caracterizan por un aumento considerable en la producción de servicios y en la innovación y desarrollo por sobre el sector industrial. En esta nueva sociedad, la información se transforma en un elemento fundamental debido a que lo que genera mayores riquezas es ahora el saber técnico y científico por sobre el saber práctico (Westreicher, 2020). También es considerada una sociedad tecnocrática, donde los estudios universitarios no producen un cambio socioeconómico y los estudios técnicos son los más buscados.

Lyotard (1987) plantea que los Estados-naciones ya no se pelearían para dominar territorios, o para la explotación de materias primas y de mano de obra barata, sino para dominar las informaciones. Pero a su vez propone que estos Estados-naciones perderían su privilegio a causa de la mercantilización del saber:

La idea de que éstos parten de ese «cerebro» o de esa «mente» de la sociedad que es el Estado se volverá más y más caduca a medida que se vaya reforzando el principio inverso según el cual la sociedad no existe y no progresa más que si los mensajes que circulan son ricos en informaciones y fáciles de descodificar. El Estado empezará a aparecer como un factor de opacidad y de «ruido» para una ideología de la «transparencia» comunicacional, la cual va a la par con la comercialización de los saberes. (p.8).

Estos saberes que poseía el Estado en las sociedades previas a la posmodernidad, el autor los organiza dándoles la entidad de “metarrelatos”, los cuales tenían poder de legitimación a partir de la función narrativa. Los relatos otorgan a la sociedad la promesa de

un futuro mejor, vinculándolo con el presente. Son las grandes ideologías del siglo XX: desde las ideas del Hombre Nuevo en Latinoamérica hasta las más atroces expresiones del fascismo en Europa. Todas ellas tienen un punto en común: intentan explicar, a través

7

del relato, la totalidad de la realidad (la constante lucha de clases, la supremacía de la raza aria, etc.), y proponen un horizonte hacia el cual arribar.

Según Lyotard, el punto de inflexión es Auschwitz, donde se ubica el fin de la modernidad: a partir de allí, hay una crisis de los metarrelatos. Estos pierden su potencia vinculante y de sentido, y el saber ahora está en el individuo. Entonces, ya no lo tiene el Estado, pero al mercantilizarse, tampoco lo tiene la escuela, ni el maestro, ni el padre, etc.

La problemática ya no pasa por el enfrentamiento a las instituciones como dueñas del saber, puesto que este ya se ha convertido en un bien de consumo. Pareciera que cualquier persona puede tener a su alcance el saber, pero se encuentra velado el hecho de que alguien lo produce. Podríamos referirnos a esto como un “fetichismo del saber”.

Eidelsztein (2019) plantea que “por saber, en general, se entiende: un tipo de liga zón, una cierta red que se establece entre los significantes que, a partir de cierto momento histórico (...), está vinculado a ciertas exigencias de coherencia y de razón” (p.18). En la posmodernidad, y desde el origen de la ciencia moderna (que ubicamos anteriormente con Descartes), el saber pierde su carácter de producción histórica, es decir, es fetichizado. Por lo tanto, su origen es desplazado al orden de la naturaleza: nadie lo creó, siempre estuvo allí y solo debe ser descubierto.

En este sentido, el saber no sería una construcción a partir de una verdad siempre incompleta, sino que dicha verdad es forcluída del campo del saber (Eidelsztein, 2019). Siguiendo al autor, proponemos que en el psicoanálisis operamos desde la perspectiva de que no hay garantías de la verdad, ya que ésta, al ser una “dimensión introducida en lo real por la palabra (...) para garantizarse como verdadera, debe decir de sí misma que no es mentirosa, lo que la hace idéntica a la palabra mentirosa” (p. 34).

Entonces tenemos un primer movimiento en relación al saber en la posmodernidad, que es su fetichización o, en otros términos, el desvanecimiento de su origen como producción histórica y como construcción de verdad. Y un segundo movimiento, que es el siguiente: si el saber está en la naturaleza desde siempre, y como individuos somos parte de la naturaleza, hay cierto saber que se encuentra en el individuo de forma originaria. Por lo tanto, surge la idea de la esencia, la identidad, el ser como algo originario y completo, que si sufre es porque no encuentra esa completud que está en su origen. Y lo que habría que hacer desde esa perspectiva es buscar ese saber oculto. Podríamos nombrar este otro movimiento como de individuación.

Con la caída de los grandes relatos, o en palabras de Fukuyama (1992), con el fin de la historia y de las ideologías, surgen pequeños relatos individuales, contradictorios y con propósitos particulares que, dentro del contexto desarrollado, conducen a una hiperindividualización. Es decir, si el sujeto moderno era un sujeto interiorizado y, por lo tanto, individualizado, el sujeto posmoderno es un individuo aún más aislado y cerrado en sí mismo. Esto es lo que lleva a un descrédito de las instituciones, por la pérdida de vinculación entre el saber de los metarrelatos y el saber individual posmoderno.

El ideal moderno de subordinar lo individual a las reglas colectivas que promueven las instituciones de poder se ha desvanecido para dar paso a nuevos estilos de vida, a nuevos ideales. Se rompe con las sociedades disciplinarias para pasar a una sociedad “flexible basada en la información y en la estimulación de las necesidades” (Lipovetsky, 2000, p. 6). Ya no es la sujeción y el acomodo de los “deseos individuales” a las instituciones y a un sentido único, sino al contrario. A esto, Lipovetsky lo llama “proceso de personalización”, del cual indica que sería el punto culminante de la ideología individualista, cuya lógica consiste en el derecho a la libertad como ideal principal. El autor plantea:

“vivir libre mente sin represiones, escoger íntegramente el modo de existencia de cada uno: he aquí el hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo, la aspiración y el derecho más legítimos a los ojos de nuestros contemporáneos” (p. 8).

La noción de “estilo de vida” cobra plena importancia en la posmodernidad. Cada individuo se ve forzado a construir su propia identidad, su estilo de vida, sus gustos, su playlist. Y lo hace desde su propia esencia, su ser, su deseo individual (Giddens, 1995). Con esto, entendemos que el saber se encuentra en cada uno de nosotros, y nuestra tarea

8

es sumergirnos en nuestras profundidades para encontrarlo. Pero el ideal de la libertad tiene su contracara: el hecho de que nos vemos coaccionados a elegir. Entonces, tenemos un individuo cerrado en sí mismo, interiorizado, cuyos sentimientos y pensamientos habitan dentro suyo y debe hacerse cargo de ellos. Por lo tanto, lleva toda causa de sufrimiento al cuerpo, o, en otros términos, al cerebro. Y mientras más se consideren interiorizadas sus emociones, menos vínculo tienen éstas con su contexto, por lo que se pierde todo sentido compartido. Es un ser que solo existe aquí y ahora, por lo que no importan ni su historia, ni la promesa de un futuro. Ya no cree en los relatos, ni en las instituciones, y solo el saber eterno de la ciencia es el único que tiene validez. Es actor y director de su vida; atraviesa su constante presente en un arduo trabajo de sostener cierta coherencia con su biografía del yo, y no solo puede elegir un estilo de vida, sino que está forzado a hacerlo.

A partir del contexto desarrollado hasta aquí, y retomando lo que planteamos al comienzo, sostenemos que toda subjetividad de época acarrea formas particulares de sufrimiento generados por la misma. Pero este malestar no es producido por un choque entre la “naturaleza” y la “cultura”, y la posterior limitación a unas pulsiones sexuales innatas, internas e individuales como planteaba Freud (1992). Sostener esto sería mantenerse en el innatismo del que nos queremos desprender. Por eso consideramos que el malestar es inherente a la cultura por base estructural, ya que, como veremos más adelante, no existe una realidad prediscursiva, sino que es la estructura del lenguaje la que “ya está ahí desde el comienzo, con lo que le falta y le es imposible” (Eidelsztein, 2018, p. 31).

Según el Proyecto de Investigación de Apertura, Sociedad Psicoanalítica (2015), podemos ubicar como referencia cuatro causas de sufrimiento generados por la subjetividad posmoderna frente a las cuales debería operar el psicoanálisis:

- ❖ La biologización, desde el tratamiento del padecer psíquico a través de neurofármacos, hasta la categorización de personalidades relacionadas a ciertos genes;
- ❖ el nihilismo, que profundiza la inexistencia de un sentido que resulte trascendente, compartido y vinculante;
- ❖ la individualización, que pone la jerarquía sobre el individuo como aislado en su esencia;
- ❖ y el tiempo como experiencia inmediata y presente. Es decir, un tiempo sin miras al futuro ni atención a la historia.

De estas cuatro causas, si bien hemos destacado al proceso de individualización (debido a los límites del presente trabajo), podríamos plantear que no hay un proceso que sea más importante que otro para la formación de la subjetividad posmoderna, ya que son cuatro características interdependientes que funcionan como un diagnóstico contextual.

Así pues, el malestar que surge a raíz de esta subjetividad epocal puede ser entendido, y a la vez tratado, en dos direcciones tajantemente opuestas. Por un lado, podríamos suponer que el malestar surge por el desacomodo a los parámetros que supone la cultura. En otras palabras, el individuo no estaría completamente separado, y

sufriría por la dificultad para encontrar aquello que lo destaca como individuo. Entonces, la vía de tratamiento sería ayudarlo a encontrar aquel saber individual que mencionamos anteriormente, por lo que la respuesta sería introducir más individualismo. Y muchas terapias contemporáneas consideran al sujeto posmoderno (individualizado, nihilista, biologicista y en constante tiempo presente) como el universal antropológico, por lo que les resulta lógico adaptar al individuo a dichas coordenadas. Pero retomamos la pregunta del inicio: ¿acaso no son estos mismos procesos los que generan sufrimiento? ¿Por qué deberíamos llevar nuestro tratamiento por la misma dirección por la que van los causantes del mismo?

Otra vía posible de tratamiento es la que propone cierto psicoanálisis, presentado primero por Jacques Lacan y desarrollado luego por otros autores como Alfredo Eidelsztein, Bruno Bonoris, Jorge Faccendini, entre otros. Pero para comprender esta vía, primero es necesario conocer las bases epistemológicas que sostiene aquel psicoanálisis, ya que se afianza en una concepción de sujeto que no puede ser yuxtapuesta de ningún modo con la categoría de individuo que trae la posmodernidad.

9

III. CONSTRUCCIÓN DE UN SUJETO

El concepto de sujeto ha sido elaborado desde diversas perspectivas de estudio. Aunque hay que tener en claro que no todas estas elaboraciones han desembocado en las mismas conclusiones. Por ejemplo, no es lo mismo hablar del sujeto de la filosofía, de la antropología, de la gramática, del psicoanálisis o de la psicología. Podríamos decir incluso que, en algunos casos, estaríamos hablando de cosas totalmente opuestas. Esto es debido a que, muchas veces, distintas ciencias trabajan sobre un mismo concepto desde bases epistemológicas diferentes. Por lo que la forma en que se lo toma para su estudio inherentemente varía.

Pensar al sujeto en psicoanálisis es pensar en un concepto que funciona para una práctica cuyas herramientas primordiales son, en efecto, los conceptos. Lacan (2017a) propone esta idea en la apertura de sus seminarios, asociando el trabajo del psicoanalista con el del buen cocinero, que “sabe cómo trinchar el animal, como separar la articulación con la menor resistencia” (p.12), y continúa:

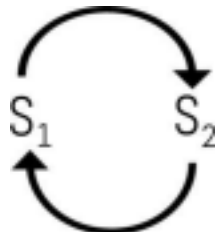
Es preciso entender que no disecamos con un cuchillo, sino con conceptos. Los conceptos poseen su orden original de realidad. No surgen de la experiencia humana, si así fuera estarían bien contruidos. Las primeras denominaciones surgen de las palabras mismas, son instrumentos para delinear las cosas. Toda ciencia, entonces, permanece largo tiempo en la oscuridad, enredada en el lenguaje. (p.12).

Tenemos entonces una definición de concepto que nos indica que su origen lo podemos encontrar en las palabras mismas, lo que explicaría su carácter multívoco. Lacan (2019) dice que “en todo saber hay, una vez constituido, una dimensión de error, la de olvidar la función creadora de la verdad en su forma naciente” (p.36). Esto nos lleva a pensar que, para posicionarse desde una forma de concebir al sujeto, hay que comprender la estructura lógica sobre la que se sostiene el concepto. Es esa lógica la que le da fundamento al concepto y no otra cosa. Si fuera de otro modo, nuestros argumentos estarían desprovistos de racionalidad, y solo el prestigio de sus autores les daría soporte, lo cual no se diferenciaría de la magia o la religión (Eidelsztein, 2019).

Entonces, es necesario comprender en primera instancia que la noción de sujeto en Lacan parte desde una estructura: la del lenguaje. Propone, tomando algunos desarrollos de Lévi-Strauss, que no existe otra estructura que la del lenguaje, por lo que “estructura del lenguaje” constituiría un pleonasma (Eidelsztein, 2017). Dicha estructura

está conformada por elementos llamados significantes, los cuales no tienen valor en sí mismos, sino en relación de oposición, negatividad y diferenciación con otros significantes. (Lacan, 2017b)

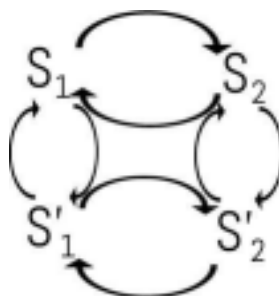
Estos elementos se componen en una cadena signifiante, y cada anillo de esta cadena está conformado por una relación de bucle entre dos significantes:



El universo signifiante se rige por dos procesos: la metáfora, es decir, la posibilidad de sustituir un signifiante por otro; y la metonimia, que consiste en agregar un signifiante por contigüidad (uno después de otro). Por lo tanto, la relación signifiante mínima para

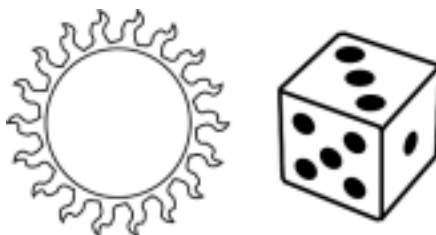
10

interpretar un sujeto consta de cuatro elementos en doble bucle, y posee dos dimensiones posibles, donde se vinculan elementos de izquierda a derecha, y de arriba a abajo, formando un plano discursivo (Faccendini, 2016):



Cabe aclarar que, si hablamos de sujeto aquí, nos referimos al sujeto desarrollado por Lacan, cuyo sentido está relacionado a lo que en francés se denomina *sujet*, que no solo quiere decir sujeto, sino también asunto, tema, materia. (Eidelsztein, 2017). Por lo que podemos decir que ya no hablamos del discurso del sujeto, sino que el sujeto es el discurso, y ya nada tendrá que ver con un individuo (Faccendini, 2016). Aún más, para que exista un sujeto, entendido como asunto, es decir, como el tema del que se habla, es necesario que haya al menos dos personas. Entonces el sujeto se encontrará ubicado en el intervalo entre dos significantes, en un espacio que no es ni de uno, ni del otro.

Veamos el siguiente ejemplo:



En la imagen tenemos dos pictogramas. A modo didáctico, podríamos suponer que cada uno de ellos es un signifiante. Entre ambos, representan un *rebus* (que en latín significa “una cosa por otra”) cuya solución es “soldado” (sol-dado). Para empezar,

esto debe ser leído en la lengua española; si se lee en inglés u otra lengua pierde su sentido. Hay que tomar cada palabra como si fuese una sílaba de otra palabra. Pero tanto en la imagen del sol, como en la imagen del dado, no existe ni la más mínima pista de la idea de un soldado. Ninguno de los dos significantes puede representar por sí solo al sujeto, por lo que su origen no surge de alguno de los dos, sino de la puesta en relación entre ambos. Es por esta razón que ubicamos al sujeto en el bucle que se genera entre dos significantes. Por lo cual, llegamos a la conclusión de que solo poniendo en relación ciertos significantes, surge un sujeto particular. Lo que nos lleva a que el sujeto no puede ser otra cosa que una construcción.

Y aquí tomamos lo dicho por Eidelsztein (2018), quien propone que “si el orden significativo es la causa del sujeto, y éste no es el individuo biológico afectado por el lenguaje, su sujeto jamás puede ser producido con materias primas sustanciales (...) sino que es *creado* (...) a partir de la nada” (p. 21). Entonces, si es creado a partir de la nada, no existen garantías que den soporte a su creación. De hecho, la misma pregunta por el origen del sujeto resulta inasimilable al orden simbólico, puesto que implicaría la pregunta por el origen del lenguaje.

Por lo tanto, en relación a lo planteado con los procesos de individualización, no podría sostenerse la idea de una esencia individual que se origine de forma biológica, ya

11

que no puede existir algo o alguien que pueda representarse a sí mismo sin estar en relación a un Otro. Aquello que podría parecer un rasgo individual y destacable en nuestro estilo de vida, no es más ni menos que una relación de significantes, de los cuales ninguno de ellos tiene valor alguno más que solo por la posición en la que se ubican dentro de la cadena, es decir, por su relación con otro significativo.

Puesto que todo parte de la estructura del lenguaje, no sería posible sostener una fenomenología en psicoanálisis. Cabe aclarar que esto se diferencia del psicoanálisis de Freud, en el cual, muchas veces -aunque no siempre-, se da lugar a la interpretación de símbolos; o, en otras palabras, a signos que establecen una relación de identidad con una realidad, generalmente abstracta, a la que evoca o representa. Por lo que podría decirse que en el psicoanálisis freudiano existiría cierta fenomenología que, luego, con el desarrollo del psicoanálisis propuesto por Lacan, ya no tendría sustento lógico.

Lacan (s/f) dice: “El registro del significativo se instituye por el hecho de que un significativo representa un sujeto para otro significativo” (p. 33). Y siguiendo lo planteado por Eidelsztein (2018), “otro significativo” también puede ser entendido como “Otro significativo”. Es decir, el acento recae sobre la posición del Otro, dándole el valor de significativo. Entonces un sujeto es, por ejemplo, lo que el significativo “hijo” representa frente a Otro significativo, que podría ser “madre”. En consecuencia, que alguien sea hijo es posible solo por el hecho de que hay un Otro que es madre. Pero el sujeto no se encuentra ni en “madre” ni en “hijo”, sino en el intervalo entre ambos.

Otra cuestión que sostiene Lacan, y que podemos vincular con lo anterior, es que la perspectiva de la estructura, al ser una estructura del lenguaje, se encuentra en *inmixión de otredad* (Lacan, s/f). La inmixión es una mezcla indistinguible. Por ejemplo, si tiro una gota de tinta a un vaso con agua, ambas sustancias se mezclan de manera que luego no puedo separarlas. Entonces, inmixión de otredad implica que el sujeto está en una mezcla indistinguible con el Otro. Puesto que somos todos usuarios de una lengua, pero nadie es dueño de ella, su estructura siempre va a estar atravesada por el Otro, ya que -como de cíamos anteriormente- para que exista un asunto (es decir, un sujeto), son necesarias al menos dos personas.

¿Acaso podríamos seguir sosteniendo que hay algo en lo más interno de cada uno de nosotros que nos represente por sí mismo? ¿Cómo podría existir un “estilo de vida” que no tenga la más mínima relación de inmixión de otredad, es decir, de relación

indistinguible con un Otro, que nos atraviese y en un determinado momento y lugar histórico? Y aún más, ¿cómo podríamos plantear que existe una profundidad en el individuo, si ya planteamos que la realidad es discursiva, y en el discurso no existen más que dos dimensiones?

Como resultado a estos desarrollos, parece evidente la razón por la que el sujeto, en el psicoanálisis que propone Lacan a lo largo de toda su obra, se presenta como un sujeto dividido. Y su división es múltiple: dividido entre un significante y otro significante, entre el sujeto y el Otro, y entre el saber y la verdad. Y en relación a esta última división, establecemos que los relatos individuales construidos en la posmodernidad obturan la relación de alienación-separación, propia de la estructura del lenguaje. De allí que muchas terapias contemporáneas sostengan que la solución es la separación total; el desarraigo con el Otro les resulta imprescindible para poder encontrar el deseo individual.

Entre las terapias que sostienen esto, podemos ubicar al mismo psicoanálisis. Aun que esto no resulta paradójico, ya que asumimos que este no es un campo homogéneo, por lo que resaltamos la importancia que tiene sostener la práctica desde una base teórica coherente con la misma.

Para los psicoanalistas lacanianos el sujeto nace alienado al Otro y luego debe separarse, liberarse de él, logrando así la libertad y la autonomía. Para Lacan, el sujeto adviene marcado por un efecto letal debido a que nace de la dupla significante -lo que designa en forma inédita mediante 'alienación'- y lo único que lo salva o rescata de este efecto letal es el encuentro con el deseo del Otro -lo que designa "separación"-, pero no del Otro, sino de la mortificación causada por la dupla significante sincrónicamente considerada (Eidelsztein, 2017, p. 234).

12

Entonces, podríamos decir que a lo que en la posmodernidad nos referimos con "identidad del yo", es decir, con todo lo que corresponde a decir "yo soy...", para el psicoanálisis que sostenemos no significa nada en sí mismo, sino en relación con un contexto discursivo. Como planteamos anteriormente, en todo saber, aunque se lo asuma como un saber cuyo origen es natural y eterno, se encuentra velada una verdad en estado naciente. Y la verdad solo puede ser construida a través del lenguaje, a través de las palabras mismas, es decir, en inmisión de otredad.

El sujeto, al construirse a partir de las palabras mismas, también se constituye por una verdad en estado naciente. Y cada vez que esta dimensión de verdad es forcluida por el campo del saber, a través de los movimientos que nombramos como fetichización e individuación, se intenta suturar la barra estructural que hace del sujeto un sujeto dividido. Es este el movimiento que generan tanto la ciencia moderna como los procesos de individualización en la posmodernidad.

CONCLUSIONES

Como vimos, el hecho de que el sujeto sea efecto del discurso hace de él una construcción. Se edifica entre analista y analizante, sin que el saber se encuentre exclusivamente del lado de alguno de los dos. Pero este sujeto se construye con el fin de ser subvertido, de alterar su orden ya elaborado para posibilitar un sujeto nuevo que no padezca un exceso de malestar.

Si aceptamos la idea de la construcción del sujeto, podemos pensar en su deconstrucción, en la posibilidad de llevar al discurso a un curso nuevo. Y es tarea del psicoanalista la de promover dicha subversión. Pero primero debe descifrar el discurso, interviniendo, a través de la pregunta, para permitir su apertura; e introduciendo a su vez un

corte

significante que intente delimitarlo en un marco de realidad.

Podrá ser el psicólogo quien intente adaptar al sujeto a la subjetividad de la época; o quien dirija su acto de interpretar, a partir de generalizaciones fenomenológicas, que consideren al sujeto que padece como un sujeto desadaptado. Mas no implica ningún cambio de curso. Si consideramos la existencia a priori de un individuo, y tomamos las coordenadas de la posmodernidad como procesos inherentes al universal antropológico, solo podremos llevar nuestra terapia en una dirección: de la alienación a la separación.

La idea de subversión sólo se torna posible considerando al sujeto como una construcción.

Subvertir al sujeto supone regresar a la verdad al campo de la ciencia (Lacan, 2014). Implica efectuar un paso copernicano respecto de la relación entre el saber y la verdad, cuya dialéctica se encuentra en una frontera sensible que “nuestra ciencia, a primera vista, parece ciertamente haber regresado a la solución de cerrarla” (p.759).

Pero se trata de una verdad de la cual el yo no sabe nada, por lo que la subversión trae consigo correr a este del centro:

La promoción de la conciencia como esencial al sujeto en la secuela histórica del *cogito* cartesiano es para nosotros la acentuación engañosa de la transparencia del Yo [Je] en acto a expensas de la opacidad del significante que lo determina (Lacan, 2014, p.770).

El sujeto en psicoanálisis no es de carne y hueso. Su única materialidad es la palabra, por lo que su padecer estará más vinculado al lazo discursivo que mantiene con un otro (sea este cualquier tipo de otredad) que a los genes o hormonas del individuo. Serán aquellas verdades construidas las que generen sufrimiento, y no una supuesta esencia del ser. Por lo tanto, la cura no consiste en “amigarse” con aquello que genere malestar, con siderándolo parte de la identidad del yo, sino todo lo contrario.

Es necesario aclarar que el psicoanálisis es una práctica que tiene como finalidad principal suprimir el exceso de malestar. Es así desde que Freud le dio su origen. Y reducir al psicoanálisis a la teorización pura sería meramente la construcción de un delirio. A partir

13

de los fundamentos desarrollados, consideramos que el malestar es generado en una relación discursiva de inmisión de otredad, a la cual el sujeto le es inherente. Pero desde esta perspectiva, el psicoanalista no es aquel que se aferra a un mínimo detalle de lo que dice el analizante, por ejemplo, una frase suelta, como si fuera Sherlock Holmes desenmascarando a un criminal a partir de algo que parecería un pormenor, pero que solo con eso resuelve la totalidad de un caso. El psicoanalista no es sino quien se posiciona desde la actividad del investigador, considerando el contexto discursivo, el cual no puede descifrarse con un solo enunciado.

La subjetividad de la época forma parte de este contexto discursivo. Por lo tanto, corresponde analizar de qué manera interpela esta a cada sujeto particular que se construye, ya que, evidentemente, no producirá siempre los mismos efectos.

Para finalizar, la posición del analista no podría considerarse de una cierta neutralidad bajo las condiciones epistemológicas desarrolladas, puesto que este también forma parte de la construcción del sujeto. La idea de que el analista debe escuchar u observar por fuera aquello que le sucede al analizante no sería posible de este modo. Aunque esto no significa que debe intervenir desde su propia subjetividad, o, en otras palabras, desde su yo. Sino que debe aportar con aquel lugar vacío de un Otro, para así permitir el surgimiento del sujeto, aquel que borra cualquier instancia de individualización.

REFERENCIAS

- Apertura, Sociedad Psicoanalítica. (2015). Programa de investigación en psicoanálisis. Recuperado de <http://www.apola.com.ar/programa.asp>
- Bauman, Z. (2020). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica. Bonoris, B.
- (2015). La posición del psicoanálisis frente al proceso de interiorización en Occidente. En Revista digital *El rey está desnudo*, N° 8, 54-82. <https://elreyesta desnudo.com.ar/portfolio/el-rey-estadesnudo-n-8/>
- Descartes, R. (1977). *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas* (Trad. Vidal Peña). Ediciones Alfaguara. (Trabajo original publicado 1642)
- Eidelsztein, A. (2017). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*. (3ª ed., Vol. 2). Letra Viva.
- Eidelsztein, A. (2018). *El origen del sujeto en psicoanálisis. Del big bang del lenguaje y el discurso*. Letra Viva.
- Eidelsztein, A. (2019). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*. (6ª ed., Vol. 1). Letra Viva.
- Faccendini, J. (2016). *Una clínica del grafo del deseo*. Letra Viva.

- Freud, S. (1992). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (Ed.), *Obras Completas*. (5ª ed., Vol. XXI, pp. 57-140). Amorrortu editores.
- Fukuyama, F. (1992). *The end of history and the last man*. The Free Press. Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península.
- Lacan, J. (2014). *Escritos 2*. Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2017a). *El seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Paidós.
- Lacan, J. (2017b). *El seminario. Libro 3: Las psicosis*. Paidós.
- Lacan, J. (2019). *El seminario. Libro 2: El Yo en la teoría de Freud*. Paidós.
- Lacan, J. (s/f). *Of structure as the Inmixing of an Otherness prerequisite to any subject whatever*. Lacan Dot Com. <https://www.lacan.com/hotel.htm>
- Lacan, J. (s/f). *Posición del Inconsciente*. (Trad. R. Rodríguez Ponte). Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío*. Editorial Anagrama.
- Liotard, J. F. (1987). *La condición postmoderna*. Ediciones Cátedra. Westreicher, G. (29 de marzo de 2020). *Sociedad postindustrial*. Economipedia. <https://economipedia.com/definiciones/sociedad-postindustrial.html>